

# **EL GORDO**

**De ÓSCAR LIERA**

## Personajes

LA TÍA

LA SOBRINA LOLA

EL AMIGO

La sobremesa obligada: el café, el cigarro, el postre que se devora con lentitud pero con diente firme y seguro, el castañeteo de los platos y tazas que regresan a la cocina, el azúcar que deambula como ambulancia enloquecida por la mesa, los eructos disimulados y la necesidad de seguir ocupando la boca llenándola con palabras.

LA SOBRINA: Dos mil ochocientos cincuenta y cuatro, por ejemplo. Son dos, ocho, cinco y cuatro. Si los sumas son ocho y dos: diez; y cinco quince; y cuatro, diecinueve. Diecinueve son: uno y nueve; y suman diez. Uno y cero igual a uno. En este caso tienes uno y no checa. Tendrían que sumar entre todos: cuatro, que es el número final. Tendría que ser, por ejemplo, en lugar de dos mil, cinco mil; así sumarían cinco y ocho; trece, y cinco; dieciocho, y cuatro veintidós. Veintidós son: dos y dos que dan cuatro, que es el número del final.

LA TÍA: ¡Ay es muy complicado!

LA SOBRINA: Pero dicen que siempre sale.

EL AMIGO: Yo conozco a una señora que soñó un número y que anduvo buscándolo por toda la ciudad. Preguntó en las oficinas de la lotería en dónde había sido vendido y le dijeron que lo habían enviado a Puerto Paz. Pues se fue al aeropuerto sin maleta ni nada y cuando llegó al puerto el número ya había sido vendido. Pues lo anduvo buscando por la ciudad a ver si se lo querían vender pero no lo pudo conseguir. Y claro, al día siguiente, ese número traía el gordo.

LA TÍA: ¡Pobre, qué habrá sentido!

EL AMIGO: Pues duró mucho tiempo sin poder dormir.

LA TÍA: No, si cuando no le toca a uno, no le toca. Dos de las hermanas de mi madre, que eran muy caritativas, se encontraron un día al entrar a la iglesia con un inválido que vendía billetes de lotería y les dio tanta lástima, que el dinero que llevaban para la limosna de la Virgen de los Augurios se lo dieron al hombre aquel; bueno, le compraron todos los billetes. A la Virgen le dijeron que lo hacían como una limosna al prójimo, que al cabo que si le pegaban al gordo le traerían el dinero íntegro. Y pues la Virgen no se hizo del rogar. Al día siguiente se anunció que el gordo había caído en la ciudad y el pobre hombre que les vendió el billete fue a buscarlas para que le dieran las albricias, pero ellas le dijeron que el dinero era de la santísima Virgen y que se lo tendrían que llevar íntegro, que ellas ya le habían ayudado a él al comprarle los billetes y que lo habían hecho como una limosna. Pues nadie las pudo convencer de que sólo le dieran una parte a la Virgen. Ellas tenían muchas necesidades, no podían trabajar, ya estaban viejas, vivían de lo que les daban los familiares. Pues no hubo poder humano que las convenciera.

LA SOBRINA: No, y lo terrible fue que llegaron con el cura y le contaron lo que había sucedido y el cura empezó a gritar como poseído: ¡Milagro! ¡Milagro! Después de que le pasó la locura les contó que la Virgen le había pedido un templo y que le había dicho, entre sueños, que dos santas mujeres le iban a entregar el dinero. Ellas, por supuesto, tomaron su aureola y le entregaron al cura los millones. El cura lo primero que hizo fue comprarse un carro y se fue luego a Europa para escoger, según él, algún templo que le gustara para hacerle uno igual a la Virgen.

LA TÍA: Bueno, para no alargar más el cuento, mis tías se enfermaron y nadie les quiso ayudar; se quedaron en la miseria. Algún vecino les llevaba a veces un plato de sopa si acaso. Y allí tienen la iglesia de la Virgen de los Augurios que hizo el cura, que no tuvo un costo ni de mil pesos.

LOLA: Yo por eso mejor no compro billetes de lotería.

EL AMIGO: Es un juego interesante, la gente a veces persigue números, se encariña uno con ellos, y llega hasta enamorarse. Hay gente que compra siempre el mismo, a ver si algún día. Unos amigos de mi familia tienen veinte años comprando el mismo número, y nunca se han sacado nada, ni aproximaciones siquiera.

LA SOBRINA: Un amigo de mi papá, ¿verdad tía?, también compraba siempre el mismo número. Un día lo mandaron a trabajar a otra ciudad por unas semanas y le dejó a su esposa, junto con el diario, el dinero del billete de todos los días que iba a estar fuera. La mujer, como tenían años comprando el mismo número y nunca se sacaban nada, no lo compró un día porque tenía que comprar algo que necesitaba para la comida. Ese día cayó el gordo. El marido cuando se enteró, allá en la ciudad donde estaba, que el número que perseguía desde hacía años traía el premio mayor, les dijo a todos sus amigos que se había sacado la lotería y pidió diez mil pesos prestados, ya que en ese tiempo, de esto hace muchos años, diez mil pesos era bastante dinero. Ah, pues los gastó con sus amigos, no volvió al trabajo, tuvo la música tocándole día y noche. Cuando se le acabó el dinero volvió a su casa y cuando se enteró que ese día no se había comprado el billete casi se da un tiro. Dice mi papá que ese hombre no volvió a hablar nunca en su vida, siempre se le veía trabajando en silencio para pagar la deuda, y nunca nadie volvió a oírle hablar.

EL AMIGO: Qué terrible. ¿Verdad?

LA TÍA: Es que no le tocaba.

LOLA: Yo por eso, mejor, nunca compro lotería, ni entro a rifas.

EL AMIGO: ¡Ah, sí, yo sí compro! Cincuenta o cien pesos los gasta uno en un café, en una copa; mejor los invierto allí a ver si acaso, si no, pues mala tarde.

LA TÍA: Yo también siempre compro, tengo (sacándolos) para el jueves dos; uno termina en cinco y otro en seis.

LA SOBRINA: A ver, tía, déjame hacer las sumas mágicas para ver si traen premio. (Los toma.)

LA TÍA: (Se los arrebató.) Los vas a salar, los billetes que yo compro no me gusta que los manosee nadie.

LA SOBRINA: Bueno, dame nomás los números, no voy a tocar el billete.

LA TÍA: ¡No m'hijita, si lo que no debe manosearse es el número! Yo pienso en mi número y nomás; lo único que se dice en la lotería es la terminación.

EL AMIGO: También yo tengo para el jueves, pero no encontré en ocho que es mi número favorito.

LA TÍA: ¡Ay, el ocho es un número muy feo! Yo nunca compro en ocho.

EL AMIGO: ¡Qué barbaridad! Para nosotros siempre ha sido de mucha suerte. Mire, nosotros fuimos ocho hermanos, mis papás a los ocho años de casados se sacaron una casa en una rifa y el número de la casa termina en ocho.

LA TÍA: Pues para nosotros al contrario, mis papás tuvieron un accidente el día ocho de agosto, que es el octavo mes ¿eh? (a la sobrina) ¿Y qué más nos ha pasado con los ochos tú?

LA SOBRINA: Pues un día, cuando tembló a las ocho de la mañana se nos cayó la casita que habían comprado mis abuelos, luego un compadre de mi papá perdió un hijo de ocho años. (A la tía.) Tía, ¿digo lo de Ricardiana?

LA TÍA: Dilo, pues.

LA SOBRINA: Pues Ricardiana, una de las hijas de mi tía, nació con ocho dedos; sufría mucho por eso, y un día se suicidó a las cinco de la tarde.

EL AMIGO: Ya ve, ya apareció por ahí un cinco.

LA SOBRINA: No, porque las cinco de la tarde son, en verdad, las diecisiete horas...

EL AMIGO: Bueno, pues ya hay un diecisiete...

LA SOBRINA: No, porque diecisiete son: siete y uno: y sumados dan ocho.

LOLA: Yo por eso, mejor ni volteo para donde están los números. ¿Qué es eso de que tenga la gente que agarrar un número de batalla?

LA TÍA: ¡Ay Lola! pero si hay números preciosos. Mira, por ejemplo: el setenta y tres. ¡Qué número más bello! Fíjate bien: setenta y tres. Es como si dijeras: “te sienta bien”. (Al amigo.) ¡Ah no! Y de que hay números lujuriosos, los hay. Y mire hasta parece que a veces concuerdan con la edad, y si no cree, cuando ande usted de paseo por los cuarenta ya verá. Acuérdesse también de aquel desquiciamiento sexual que hubo allá por los años cuarenta, ¡ay y Dios nos asista con los nacidos por esos años!

LA SOBRINA: Ay tía, cuéntales lo que te pasó con el veintitrés.

LA TÍA: ¡Cállate la boca criatura! Yo delante de Lola, no puedo contar esas barbaridades. (Pausa.)

EL AMIGO: El uno es la unidad, dice Pitágoras, lo es todo. El tres es un número mágico y el nueve es el número perfecto porque está encerrado el tres, tres veces. Yo casi siempre compro con terminación de ocho; pero ahora para el jueves tengo el nueve. Es un número muy bonito el que compré, no lo voy a decir porque dice usted que da mala suerte.

LA TÍA: Y hace muy bien.

LA SOBRINA: Yo compré con terminación en cero.

EL AMIGO: Yo nunca compro en cero; como que no significa nada para mí.

LA SOBRINA: Pues para mí también significa “la nada”, es como un principio, como una nueva vida a partir de cero.

LA TÍA: ¡Ay, si me saco la lotería el jueves, lo primero que voy a hacer es salirme de este cochino edificio y comprarme una casa; y ya con casa y todo, me iré a pasear por tanto país que hay!

EL AMIGO: Pues yo lo primero que haría sería internarme en una clínica para reponerme del susto. Después rentaría un teatro y contrataría a la orquesta sinfónica nacional para que me diera un concierto a mí solo, yo mismo escogería el programa. Para empezar pediría algo grueso, así como la obertura de Tannhäuser de R. Wagner.

LA SOBRINA: Yo no. Será que soy más vanidosa que ustedes, pero yo lo primero que haría sería cambiar todo el guardarropa y confeccionarme cantidad de vestidos largos (jala el mantel y se lo pone de capa) y llegaría a las fiestas como una reina, con un atuendo muy especial. (Se pone la pantalla de una lámpara en la cabeza.) Sería yo quien impusiera la moda en el país, todo el dinero me lo gastaría en ropa, zapatos, bolsas...

EL AMIGO: Qué bárbara, no te iba a alcanzar la vida para ponerte todo.

LA SOBRINA: (Arranca una cortina y se la pone.) Me cambiaría hasta tres veces al día, y siempre, después de ponerme cada vestido, saldría caminando así y asá por las calles, para que la gente me viera y dijera: “miren, ella es, el guardarropa que tiene es una maravilla”.

LA TÍA: Pues yo rompería toda la loza que tengo (empieza a romper platos y tazas que quedaban en la mesa) y eso sí, pura vajilla de Limoges, cristal de Bohemia, porcelana japonesa.

EL AMIGO: Yo le mandarí hacer un monumento al ocho, de ocho metales, de ocho metros, iluminado con ocho colores diferentes y con ocho fuentes.

LA TÍA: ¡Cómo! ¿Pretende usted arruinarnos? ¿Quiere nuestra desdicha, infeliz? Ese número ni siquiera lo mencionamos en esta casa.

EL AMIGO: Perdón, entonces lo mandaré hacer en otra ciudad. Pero si le pego al gordo me voy a comprar un yate y nos iremos juntos a pasear los cuatro. ¿Qué les parece? Yo las invito, vénganse así como están. ¡Vámonos! (Voltean la mesa patas arriba y se suben los tres.) No hay como el mar.

LA SOBRINA: ¡Lola! ¡Lola! Súbete al barco. ¡Ay qué mujer!

LA TÍA: ¡Ay, esta Lola, pobrecita, siempre tan aguada! ¡Anda mujer que nos invitan. (La suben, Lola va sorprendida sin entender nada.) ¡Ay mujer mira nomás con este calor del trópico y tú con suéter! ¡Anda desvístete! ¡Ponte cómoda!

LA SOBRINA: ¡Ay sí, no hay como los baños de sol! (Se desviste.)

LA TÍA: Soltemos el timón a ver a dónde nos lleva el barco mientras tomamos el sol.

(Todos se desvisten. Lola está muy incómoda, se siente mal, avergonzada, siente náuseas.) ¡Ay, mira, esta mujer ya se mareó!

EL AMIGO: Rápido, hay que darle limón. ¿Tiene?

LA TÍA: (A la sobrina.) Anda, tráete algunos del refrigerador y tráete de una vez la sidra. (Sale la sobrina.) ¡Ay Lola, Lola, tú siempre tan aguada! ¡Ve el mar, mujer! ¡Mira, ve ese cielo, respira el aire puro, mujer! ¿No ves que en la ciudad nos estamos intoxicando a cada momento? Disfruta este silencio, este ir y venir de las olas. ¡Ay que mujer tan aguada, por eso nunca se casó! (La tía canta algo con relación al mar, luego entra la sobrina.)

LA SOBRINA: (Con las cosas.) Aquí está todo tía.



LA TÍA: Dale a Lola el limón y sírvenme sidra en un vaso a mí.

EL AMIGO: ¡Qué impresionante resulta el mar! ¿Verdad? (Beben sidra.)  
¡Brindemos por el mar! ¡Véngase el viento a cantar! ¡Desgránense las  
arenas en voces de sirenas  
que nos revela el mar!

LA TÍA: ¿Es usted poeta?

EL AMIGO: Es un versito que escribí un día, pero me dijeron que estaba  
cojo, no sé por qué.

LA TÍA: ¡Ay Lola! Dinos aquella recitación que aprendiste en la escuela.  
(Lola está siempre renuente al juego.) ¡Ay qué mujer, bendito sea Dios,  
al no querer servir ni para llevar a un ciego a miar!

LA SOBRINA: ¡Ay, estamos rodeados de tiburones!

LA TÍA: ¿No podríamos sacar alguno para hacer sopa de aleta de  
tiburón? ¡Qué cosa más extraordinaria! ¿Por qué no me traería el  
recetario? Mira los tiburones Lola, abajo, mujer, dentro del agua, no son  
gaviotas. Ay qué mujer, mira nomás, se vino sin lentes. (A la sobrina.)  
Tráete los lentes de Lola, están encima de la mesita de centro y me traes  
un recetario de los que están en el trinchador. (Sale la sobrina, al amigo.)  
Anímese a pescar un tiburoncito de esos chiquillos que andan por allí.

EL AMIGO: Señora, la pesca es todo un arte.

LA TÍA: Pero si usted es un poeta.

EL AMIGO: No, señora, soy apenas un declamador aficionado.

LA TÍA: Ay, mire, no sea pretencioso. (Entra la sobrina con las cosas.)  
Lola, ponte los lentes mujer para que mires la creación. Bueno, esta  
criatura desde que se adaptó los lentes no ha querido por nada del mundo  
que se los cambien. (Al amigo.) Ya está aquí el recetario. (A la sobrina.)  
Ay, mi amor, me trajiste el de repostería.

LA SOBRINA: Pues haz un pastel, tía.

LA TÍA: No, pasteles no, Lola está engordando demasiado, esta mujer tiene que sudar mucho para ver si así rebaja.

LA SOBRINA: Si tía, hay que llevarla al Ecuador.

LA TÍA: Qué Ecuador ni qué naranjas, esta mujer necesita el desierto. Si yo le pegara al gordo nos iríamos a Egipto. No me quiero morir sin que Lola conozca las pirámides.

Ahora colocan la mesa verticalmente con las patas hacia el fondo y sacan unas macetas en las que hay unas palmitas, voltean un bote con arena. Hay un gran desespero en el juego; se juega con impaciencia, con cierto arrebató. El juego aparece como la única posibilidad de libertad que les queda y que se había escondido en los túneles de la imaginación. El juego ha aparecido como un inicio de desorden; si es que el orden estaba representado por aquella asfixiante aburrición cotidiana.

LA SOBRINA: Ay, tía, pero no podemos ir así en traje de baño; ya sabes que tengo un amigo en El Cairo y...

LA TÍA: (Arranca todas las cortinas. El amigo se pone el mantel.) Toma este caftán Lola. ¡Ay, bueno, qué mujer! ¡Cada día está peor, al no querer, bendito sea Dios, pasear con nosotros! Mira nomás todo lo que gastamos en ella para que ande con estas agudencias. ¡Mira, mujer, las pirámides! ¡Voltea para arriba, abre los ojos, que te pegue el sol mujer! Mira, por aquí anduvo Moisés.

LOLA: (Despistada.) ¿Qué Moisés?

LA TÍA: Ay Lola, no es posible que no sepas qué Moisés.

LOLA: ¡Ay tú! Es que recibes postales de tantas gentes que quién se acuerda.

EL AMIGO: Tengan cuidado, que esos árabes nos están viendo con mucha desconfianza. Finjan cotidianidad, naturalidad; como que conocemos muy bien este país. (Entre dientes.) Sonrían, sonrían, demuestren afecto, gracia, gracia.

LA TÍA: (También entre dientes.) Te están diciendo gracia Lola, gracias: gracias Lola. Gracia.

LA SOBRINA: Ya se van...

LA TÍA: Claro, Lola los asustó (reprimiéndola.) Lola, cuando te digo: “gracias, Lola” ¿Qué es lo que tienes que hacer?

LOLA: Debo decir: “de nada”.

LA TÍA: ¡Ay! ¡Bendito sea Dios! Por eso te corrieron de tu clase de ballet. LA SOBRINA: Tía, yo quiero pasear en camello.

EL AMIGO: Sí, sí, vamos a los camellos, yo los quiero conocer de cerca y tocarlos y subirme. Cuando estaba chico salí en una obra de teatro en la escuela; yo hacía el papel de viento y de pronto daba un salto al escenario, tenía que hacer una pausa hasta que se callara mi mamá porque siempre gritaba: “¡Ése es mi hijo, es mi hijo! ¡Hijo, vino tu papá, ya ves que no quería, pues vino! ¡Mira aquí está doña Cande con nosotros, vinieron Carmen, Mariji, la Cata; doña Hectorina y el general Bringas están sentados allá...!” Cuando me dejaba hablar, las maestras comenzaban a soplar fuerte con la boca para que se oyera el viento, yo sacaba el pecho y decía: “Por el desierto un pobre camello pasó, iba sediento, cansado, muerto de calor. Pero no lejos de allí unas palmeras lo vieron venir, y lo llamaron a voces diciéndole así...” Allí entraban unas niñas vestidas de palmeras bailando y yo me tenía que ir a un rincón.

LA TÍA: Ay qué bonita es la infancia, la gente no siente vergüenza de nada. Lola, cántanos la canción de “la palmerita que se emborrachó con el sol”. Siempre que te ponían el vestido rojo la cantabas. ¡Ay no, a esta Lola me la cambiaron!

LA SOBRINA: ¡Ay, si yo me saco la lotería, yo los invitaría al Polo Sur!

LA TÍA: ¿Has oído Lola? Estoy segura que lo hace por ti.

LA SOBRINA: (Como explicando.) A Lola siempre le ha afectado el calor.

LA TÍA: Tu sueño hecho realidad, Lola: “ver toda la tierra de color blanco”. ¿Te acuerdas? (Con mucha fanfarronería.) El primer poema de Lola así comenzaba: “La tierra blanca, el humo blanco, la gente blanca...” (Abre la ventana.) ¡Lola, abrígate bien del frío!

La sobrina y el amigo sacan las plantas del comedor, voltean la mesa y la ponen como de costumbre. La sobrina trae unas almohadas, les sacan las plumas y empiezan a aventarlas hacia arriba. Por la ventana, el frío ha comenzado a invadir el comedor. Las plumas, menos ridículas que el algodón en los “escaparates navideños” de México, caen en forma de nieve. Tiran una silla al piso y hacen un trineo en donde suben a Lola.

LA TÍA: ¡Las focas, Lola! ¡Las focas sobre los témpanos! ¡La nieve mujer! ¡Tu poema, Lola, tu poema! ¡Ve para el frente mujer! ¡Ay qué criatura tan pusteque; lo mismo le dan las tempestades del mar que las tempestades del alma! Por eso la corrieron del Liceo.

EL AMIGO: Hay que meternos a este iglú porque está nevando mucho y no vaya a hacerle daño a Lola. ¡Ojalá nos tocara una tormenta de nieve! (Se meten todos debajo de la mesa.)

LA SOBRINA: Qué frío. ¿Por qué no compramos ropa apropiada antes de venir acá?

LA TÍA: Pues tú con tus prisas y con tus locuras de siempre.

EL AMIGO: Es que si no tomábamos el avión en ese momento ya no había vuelos sino hasta una semana después. Y ya ve, Lola soñando siempre con la nieve; su poema; el mundo blanco.

LA TÍA: Ves Lola, todo lo que hacen por ti. (Se arropan con todo lo que pueden. Al amigo.) Mire aquello que parece una pared blanca enorme del cielo a la tierra; yo creo que es una tormenta de nieve. ¡Lo que usted quería! Lola, te faltó eso en tu poema.

LA SOBRINA: Hay que hacer fuego porque nos vamos a congelar.

LA TÍA: Sí, fuego, fuego, rápido. (El amigo enciende fuego.) ¡Mira Lola, fuego, fuego Lola...

Los tres apasionados jugadores enloquecen con el fuego, y se inician en un nuevo rito, el cual los obliga a pronunciar la palabra “fuego”, la que a veces se confunde con “juego”. Todo es como un rezo interminable con un deambular angustiante, al mismo tiempo que buscan cuanto material “quemable” haya; así fue como se encontraron con los billetes de lotería que habían dejado por allí al principio de la conversación y que anduvieron viajando, con un extraño don de ubicuidad, por varias regiones. Todo lo “quemable” es quemado. De pronto, debido a la ineficacia de un sistema caduco, responsable de todo, se produce un embotellamiento en la calle. El directo responsable: un semáforo. El ruido junto con el frío crecen y entran por la ventana.

LOLA: Cierren la ventana, hace mucho frío. Cierren la ventana. ¡Cierren la ventana!

LA SOBRINA: ¿Ventana?

EL AMIGO: ¿Qué ventana?

LA SOBRINA: ¡La ventana! (Se levanta y la cierra.)

LA TÍA: El fuego, apáguelo, se va a quemar la casa.

EL AMIGO: (Cuando lo ha apagado se encuentra con pedacitos de billetes de lotería

quemados.) Es de mala suerte quemar los billetes viejos de lotería.

LA SOBRINA: Yo no fui. (Viendo los pedazos.) Jueves. ¡Son los del jueves!

LA TÍA: ¡Dios mío, que no haya sido yo!

LA SOBRINA: ¡Mi bolsa!

Los tres apasionados jugadores se desesperan y buscan por todas partes sus billetes. Al no encontrarlos hacen conciencia de lo que han hecho. Ahora les invade el temor de que les pudiera tocar el gordo.

EL AMIGO: (Buscando entre la ceniza.) Aquí está un nueve; es la terminación de mi número.

LA SOBRINA: A ver, déjame ver... no, no es nueve, es el seis.

LA TÍA: ¡Ay Dios mío, me muero! ¡Ése es mi número! ¡Busquen más!

EL AMIGO: Ya no hay nada.

LA SOBRINA: La “nada”, mi número. Yo quería partir de cero...

LA TÍA: ¡Ay, si me toca el gordo yo me muero; y si no me muero me echo por la ventana! Cinco pisos y se acabó. Lola ¿no aprendiste algo sobre la muerte cuando estuviste con las “Vicentinas”? ¡Ay qué Lola...!

EL AMIGO: (Muy grave.) Si a mí me toca el gordo, yo sí me echo desde un quinto piso. LA SOBRINA: ¿Se imaginan, si de pronto, el jueves, veo que mi número, el 364980, sale

premiado? Yo sí me suicido.

LA TÍA: Mis números eran preciosos, ya casi los oía en boca de los gritadores de la lotería: 23765 ó 9546. Se fijan en la sonoridad que tiene este último: nueve mil quinientos cuarenta y seis: nueve mil, mil nueves, mil naves, mis aves, las llaves... (Al amigo.) ¿Cuál era su número querido amigo?

EL AMIGO: Yo no lo digo porque da mala suerte.

LA TÍA: ¡Ay, es verdad! ¿Por qué los dije Dios mío? ¿Por qué? (A la sobrina.) ¡Tú me indujiste, tú...!

LA SOBRINA: ¡Tía, tía! ¡Qué bueno que lo hayas dicho para que tengas mala suerte y no te saques tú el gordo...!

LA TÍA: ¡De veras!

EL AMIGO: 84339, 84339, 8-4-3-3-9.

Los jugadores repiten sus números con desespero, con alegría, con sencillez, mientras que Lola se evade de la realidad jugando con la arena, con las plumas y con el recetario para hacer pasteles, sin

olvidarse, por supuesto, de la sopa de aleta. De pronto la sobrina lanza un estrepitoso grito y todos se detienen a verla.

EL AMIGO: ¿Qué pasa?

LA SOBRINA: ¡No puede ser, es terrible! LA TÍA: ¿Qué cosa?

LA SOBRINA: ¡La suma!

EL AMIGO: ¿Cuál suma?

LA SOBRINA: ¡La suma de mi número!

EL AMIGO: ¿La suma de su número? Ah, no se apure, termina en cero.

LA SOBRINA: Sí, en cero...

EL AMIGO: Por más números que sume no obtendrá cero.

LA SOBRINA: 364980, empieza con tres y termina con cero; si los sumo son: 3 y 6; 9 y 4; 13 y 9; 22 y 8; igual a 30: igual que mi número empieza con 3 y termina con cero.

LA TÍA: ¡Dios mío! Revisa mis números.

LA SOBRINA: Dímelos.

LA TÍA: 23765.

LA SOBRINA: 23... son 2 y 3; cinco, más siete; doce, doce y seis: dieciocho, y cinco: 23... LA TÍA: ¡Dios mío! 23, son los números del principio...

EL AMIGO: Y dos y tres son cinco, que es el número del final.

LA TÍA: (Mientras el amigo saca la cuenta de su número.) Lola, te voy a dejar sola en este mundo, la única salida que me queda es la ventana...

EL AMIGO: (Asustadísimo.) Mi número termina en nueve y sumados también dan nueve. ¡Qué horrible...!

LA TÍA: Mi otro número: 9, 5, 4, 6; son 24...

LA SOBRINA: Y dos y cuatro; seis. No hay remedio, uno de nosotros tendrá que morir. Alguien tendrá que salir por esa ventana el jueves después del sorteo.

EL AMIGO: Sólo nos queda esperar hasta el jueves. Y habrá que morir.

LA TÍA: ¿Qué día es hoy?

LOLA: (Llorando.) ¡Yo no quiero morir, no quiero morir! ¡No quiero morir! EL AMIGO: No Lola, usted ya no juega a las loterías...

LOLA: (Con risa imbecil.) ¡Qué bueno! ¿Verdad?

El inconsciente tramoyista puede correr el telón porque es difícil que los personajes lleguen a la sabia conclusión de Samira, después de analizar los acontecimientos sucedidos en la última cena a la que asistió Enrique Beraza: “Que las personas que pueden jugar así, qué puede importarles ganar en la lotería....!”